



Maffi, Carlos. *Le Souvenir-écran de la psychanalyse. Freud, Klein, Lacan. Ruptures et filiations.* (Paris: Éditions du Félin, 2012), pp.380

Silvana Vetö¹ (CONICYT Chile)

Le souvenir-écran de la psychanalyse se inscribe en la línea de una relativamente reciente historiografía crítica del psicoanálisis que, particularmente atenta a los anacronismos y los mitos acerca de Freud y de su invención, ha cuestionado la historia oficial que sitúa el nacimiento del psicoanálisis en el instante preciso en el cual Freud le reconoce a Wilhelm Fliess no creer más en su neurótica (Masson 1985, p. 264-266) abandonando con ello su teoría del trauma y de la seducción.

Desde su tesis doctoral, realizada bajo la dirección de Pierre Fédida en la Universidad París VII-Denis Diderot (Maffi 2001), y pasando por su libro anterior (Maffi 2005), Carlos Maffi, psicoanalista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, ha examinado la historia del pensamiento psicoanalítico a la luz de una teoría del símbolo, hoy algo olvidada, pero alguna vez central en psicoanálisis. En *Le souvenir-écran*, este trabajo de más de una década rinde sus frutos. Si bien Maffi repite gran parte del recorrido realizado en *Freud y lo simbólico*, el lugar donde éste se detuvo –la divergencia epistemológica entre Freud y un inesperado dueto entre Melanie Klein y Jacques Lacan–, abre la vía para los más valiosos aportes del libro escrito en lengua francesa: una novedosa interpretación acerca de la crisis de 1897 y una crítica a la historia oficial del pensamiento psicoanalítico.

A contrapelo de los defensores del dogma, Carlos Maffi plantea que la crisis epistemológica de Freud en septiembre de 1897 no se tradujo en una ruptura que lo hubiera apartado de sus predecesores y del pensamiento de cuño darwiniano de su época permitiéndole, de ese modo, construir una teoría y un método inéditos sostenidos en el poder de la fantasía y la “realidad psíquica”. Para el autor, la crisis habría desembocado más bien en el hoy velado e intencionalmente desatendido recurso de Freud a las teorías filogenéticas –especialmente la ley de Ernst Haeckel sobre la recapitulación de la filogenia en la ontogenia–, con la cual habría intentado sostener y rearticular su teoría sobre la etiología traumática de las neurosis.

De esta manera, la tesis según la cual el psicoanálisis habría nacido en 1897 cuando Freud abandonó la teoría del trauma dando espacio a la fantasía, cuando resignó el paradigma darwiniano biológico-evolucionista para abrazar el simbólico, es un *souvenir-écran*, en español “recuerdo-pantalla”. Construido primero en el plano teórico y consolidado más tarde en una narrativa histórica (la que se maneja y transmite hoy), este recuerdo-pantalla ha tenido tres consecuencias convergentes: ocultar el atavismo freudiano que se negó a abandonar una teoría filogenética que ya ni siquiera la biología de la época se atrevía a aceptar; encontrar un nuevo modo de articular el problema de la sexualidad y del origen que eludiera precisamente los *impasses* de la filogenia; y situar a los psicoanalistas

contemporáneos que construyeron este nuevo marco epistemológico en una relación de continuidad, de filiación, con Freud. En tal sentido, el autor demuestra que la verdadera ruptura epistemológica del psicoanálisis no aconteció en 1897, sino en la década del treinta, y que no fue una ruptura de Freud con la tradición científica del siglo XIX, sino una ruptura de Klein y Lacan con la tradición psicoanalítica inaugurada por Freud y seguida por la primera generación de sus discípulos, “cuando la *episteme* psicoanalítica deja de ser biológico-evolucionista, para devenir semiótico-lingüística” (Maffi 2012, p. 305)¹.

Como demuestra Maffi en las casi 400 páginas de su libro, este recuerdo-pantalla ha sido cuidadosamente elaborado en distintos niveles. Klein primero y Lacan después, aportan sus lecturas teóricas de Freud, reacomodando las piezas del puzzle freudiano, pero no son sino los “historiadores oficiales” del psicoanálisis (James Strachey, Ernest Jones, Erik Erikson, Didier Anzieu, Ernst Kris, Marie Bonaparte y Anna Freud) y los filósofos y otros pensadores estructuralistas francófonos (Claude Lévi-Strauss, Michel Foucault, Louis Althusser) los que, luego de la publicación de la correspondencia cuidadosamente editada de Freud y Fliess (Bonaparte, Freud & Kriss 1954), establecen una narrativa histórico-epistemológica completa que engloba las lecturas kleiniana y lacaniana y las utiliza para rescatar a Freud de las garras de la denostada filogenia y de la biología del siglo XIX y relanzarlo en la carrera de la *episteme* post Segunda Guerra Mundial.

Le souvenir-écran se compone de cinco capítulos. Los dos primeros, referidos a la obra de Freud, sitúan las piedras angulares sobre las cuales se construyen las tesis del autor: lo sexual en el primero, lo originario en el segundo. Los capítulos tercero y cuarto retoman cada una de dichas temáticas; primero la lectura kleiniana de

lo sexual, luego la interpretación lacaniana de lo originario. Desde este armazón, el capítulo quinto es el encargado de establecer con claridad la demoledora tesis de Maffi, que se engarza muy bien con la Introducción y con el recorrido por Freud, Klein y Lacan.

El primer capítulo, “Le sexuel freudien”, recorre los textos que permiten establecer la teoría freudiana de lo sexual. Hace especial hincapié en la inmersión de Freud en el ambiente intelectual y científico de la época, recorriendo las teorías de algunos de sus más influyente representantes; demostrando las deudas y alianzas de Freud con Jean-Martin Charcot; y analizando el lugar que ocupa la herencia, la experiencia y la realidad en su teoría. Luego, el autor desmenuza la crisis de 1897, su construcción de lo infantil y el modo en que aborda y resuelve el aparente fracaso de su teoría del trauma. Maffi concluyen que Freud, lejos de abandonar su teoría del trauma, lo universaliza. A partir de ese momento el trauma invade la sexualidad misma, ya no se agrega como accidente desde afuera en la vida individual, sino que es un residuo de la vida pulsional olvidada de nuestros antepasados (el mito darwiniano del padre de la horda primordial y su parricidio, sería utilizado en ese sentido) que nos es transmitido por las leyes de la herencia, y que se reactualiza en la constitución misma de lo sexual-pulsional individual.

El segundo capítulo, “L’Originaire freudien”, a la vez el más largo y de más difícil lectura, continúa por la línea de la universalización de lo traumático, en la búsqueda del combustible de la transmisión de la herencia sexual-traumática en Freud. Por esa vía, Maffi encuentra el “símbolo”, y nos lleva por los meandros de las discusiones y disputas acontecidas en la historia del movimiento psicoanalítico. El principal problema que está en juego en estas controversias, señala el autor, es la tensión entre el símbolo psicoanalítico

propriadamente tal, es decir, el símbolo tal como aparece en el síntoma neurótico individual, y un simbolismo universal, que formaría parte de otras formaciones culturales y donde la especificidad psicoanalítica y, por lo tanto, sexual, se disiparía. El autor demuestra que Freud aborda la problemática haciendo uso de las teorías de dos lingüistas de la época, Hans Sperber y Karl Abel. Influenciados también por las teorías de Charles Darwin y Haeckel, estos lingüistas entienden el problema del lenguaje como un problema del origen. Es a través de ellos, arguye Maffi, que Freud logra encontrar un referente último, es decir, originario y sexual, para el símbolo psicoanalítico que resuelve, además, el problema de lo particular y lo universal. Dicho referente del síntoma-símbolo no se encuentra en la vida sexual individual (traumática), sino en la historia filogenética de la humanidad: “Un simbolismo universal fue creado en otro tiempo de modo singular, y el simbolismo particular no hizo más que repetir eso que existía ya en la memoria colectiva. (...) Es en la historia genética que se encuentra, entonces, el elemento sexual real del símbolo” (Maffi, 2012, p. 134). Es, pues, un trauma sexual realmente acontecido en la historia filogenética el que se repite en la historia sexual individual, el que las pulsiones acarrean consigo.

En este capítulo, Maffi pone especial énfasis en las controversias entre Freud y Carl Gustav Jung, asegurando que no fue sólo la famosa divergencia respecto de lo sexual lo que los alejó, sino también aquella respecto del símbolo. Para Jung, a diferencia de Freud, lo sexual es un símbolo entre otros, no la piedra de tope referencial de la cual extrae su energía toda simbolización. El arquetipo jungiano, en contraposición con el simbolismo universal que Freud encuentra en el trauma del asesinato del padre primordial, no es sexual ni experiencial, sino “una estructura supra-individual que trasciende supuestamente la experiencia, remplazando algo empírico (es decir, que se puede encontrar en la historia) por algo teórico que se debe simplemente admitir como

axioma” (Maffi 2012, p. 151). Así, si para Freud y sus adherentes el símbolo es una forma patológica y rudimentaria de presentarse la sexualidad, que debería ser sustituido por la sublimación, para Jung el símbolo es el camino de la sublimación y del progreso cultural.

La acentuación de la esta controversia por Maffi cobra especial relevancia en los capítulos 3 y 4 por cuanto otra de las cuestiones que su análisis pone en el tapete es que, respecto del problema del símbolo, tanto Klein como Lacan se inscriben en la línea inaugurada por Jung antes que en aquella trazada por Freud.

En el capítulo tercero, “La rupture kleinienne du sexuel freudien”, Carlos Maffi muestra el modo a través del cual Melanie Klein reformuló las nociones freudianas, sobre todo aquellas ligadas al simbolismo, rompiendo con la tradición naturalista sobre la que se apoyaba Freud. El autor revisa aportes de las más importantes lectoras y colaboradoras de Klein; Hanna Segal, Joan Rivière, Susan Issacs, entre otras y otros, y también sitúa la interpretación kleiniana del psicoanálisis, incluida la disputa con Anna Freud, en el contexto más amplio de la transformación de la *episteme* moderna. Abandonando el darwinismo y una ciencia empiricista y positivista, pasa a apoyarse en las teorías del lenguaje elaboradas en el período de entreguerras, lo que tendrá gran injerencia en el mundo psicoanalítico.

Aquí, la tesis del autor se apoya fuertemente sobre la presunta influencia que habría ejercido el filósofo alemán Ernst Cassirer sobre Klein. En la década del veinte, Cassirer elaboró la tesis de que el ser humano se define y distingue por su capacidad de producir símbolos, colaborando en esa transformación hacia una teoría del símbolo como mayor emblema de lo humano. Siguiendo esta línea, Maffi plantea que será de la mano de Klein que la concepción de símbolo psicoanalítico será profunda y silenciosamente modificada, transformando con

ello, también, la teoría de la sexualidad. En Klein la capacidad de simbolización será elevada al estatus de “actividad primordial del espíritu” (Maffi 2012, p. 196), marca de maduración y de sanidad mental. Con esta nueva concepción del símbolo tanto la referencia real como el origen filogenético del trauma sexual serán olvidados. Las imagos y la fantasía, pasan a ocupar así el primer plano de la teorización y la práctica psicoanalítica: “(...) el símbolo tomará confortablemente su lugar junto a la sublimación, y es exactamente en este momento que se abre la vía para la ruptura definitiva con Freud. El mundo físico se desvanece bajo la inagotable energía del mundo simbólico” (p. 207). Cuando esta interpretación simbólica de Freud se establece, las primeras piedras de la construcción del recuerdo-pantalla son instaladas: en 1897 Freud habría encontrado el objeto psicoanalítico por excelencia, el fantasma inconsciente, es decir, el objeto construido por Klein.

En “La rupture lacanienne de l’originare freudienne”, capítulo cuarto, es Lacan y su propia lectura de Freud la que es situada, analizada y puesta en tela de juicio. Análogamente al capítulo anterior, el psicoanalista argentino ubica la lectura de Lacan en el contexto histórico más amplio y sus concomitantes transformaciones epistémicas, en este caso la segunda postguerra y las avanzadas del estructuralismo. Lacan, más consciente de sus deseos contrapuestos de filiación y de ruptura con Freud, habría hecho una elaboración explícita del asunto, releyendo punto por punto la teoría freudiana para situar allí lo que él mismo estaba planteando: “Freud...habría descubierto la importancia capital del lenguaje y de las leyes estructurales del inconsciente. Las referencias biológicas no serían el fruto de la *episteme* freudiana, sino el resultado de una lectura errónea de su obra” (Maffi 2012, p. 229).

Carlos Maffi, sitúa la empresa lacaniana en el halo de las posibilidades abiertas por Lévi-Strauss (influido no sólo por Ferdinand de Saussure, sino también por Cassirer), Althusser y

Foucault, quienes vieron en Freud un subvertidor de las tradiciones, como Nietzsche y Marx, un discontinuador, un rupturista. Allí donde Freud había situado el asesinato indemostrable -pero de todos modos pretendidamente real-, del padre primitivo, Lacan sitúa la muerte del objeto por la entrada en acción del significante y de su función de creación radical sobre el sujeto. De ese modo, todo aquello que en Freud era biológico y filogenético, Lacan lo lee como metáfora y mito situándose a sí mismo como aquel que comprendió el verdadero estatuto de esas referencias y la verdadera palabra de Freud.

Lacan, al igual que Klein y Jung, hacen su interpretación crítica de Freud a la luz de las psicosis. El francés, siguiendo hasta ese punto a su predecesora inglesa, toma de Jung el término de “imago” como aquello que establece y vela, al mismo tiempo, la relación del sujeto a la realidad. En Lacan la imago, que dibuja el espacio del registro “imaginario”, se enriquecerá con su propio aporte, la teoría del significante. El argumento de Maffi es que del mismo modo que en Klein la fantasía está antes que todo -incluso que el sujeto y que la realidad-, en Lacan encontramos al lenguaje. En otras palabras, se trata de dos modos de conceptualizar la preeminencia de lo simbólico. A pesar de las divergencias entre ambos autores, que Maffi también revisa, los dos construyen una teoría donde el objeto “real” está irremediamente perdido y en torno a cuya pérdida se organiza la subjetividad. En Freud, insiste y vuelve a demostrar Maffi, el objeto se formula como perdido pero también como algo que puede volverse a encontrar: “Para él, la sexualidad normal podía brindar las bases de una satisfacción suficiente (...) Esta posición puede parecer hoy bastante ingenua y un poco anacrónica, pero era la suya. Él no habría suscrito la idea de que no habría objeto ni satisfacción posible” (Maffi 2012, p. 272).

En su capítulo conclusivo, de donde el libro saca su nombre, el autor sitúa el aparato conceptual preciso a través del cual el recuerdo-

pantalla se habría erigido, tanto en la teoría kleiniana como lacaniana: la “vivencia de satisfacción”. Allí, Klein y Lacan, cada uno en sus términos y con sus aparatajes conceptuales, habrían leído la construcción del que sería supuestamente el objeto psicoanalítico por excelencia, no el objeto natural, sino el objeto fantaseado o fantasma y, desde allí, habrían formulado entonces una nueva forma de entender la sexualidad en psicoanálisis: una sexualidad que no es ya la del trauma (individual o filogenético), sino la del fantasma, donde la satisfacción es imposible, encontrándose siempre desplazada. Pero Maffi demuestra que el pensamiento de Freud no llegó hasta allí sino hasta otro lugar, darwiniano y haeckeliano, que el “recuerdo-pantalla” oblitera: “El fantasma, que viene a salvar a Freud del impasse del trauma, es una metáfora sintomática de las teorías de lo simbólico, que soluciona el drama de la filogenia treinta años más tarde, gracias a la teoría de los mitos y de los símbolos” (Maffi 2012, p. 307).

Maffi también busca en este capítulo situar la construcción del “recuerdo-pantalla” en un contexto más vasto. Describe y sitúa el antiguo orden epistémico, el freudiano, entre dos crisis filosóficas. Surge en el campo de la lucha contra el idealismo hegeliano, inscribiéndose en la emergencia de las corrientes materialistas. Éstas, se verán más tarde desafiadas por las filosofías del lenguaje, que buscan destronar la dicotomía entre el sujeto y el mundo construida por el materialismo. En esta nueva crisis que cuestiona las bases del freudismo, Maffi nombra los aportes de los postkantianos de la Escuela de Marburgo, de Cassirer, del Círculo de Praga y de Viena, de la filosofía analítica de Oxford, con Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein, y del estructuralismo francés. Así, establece que cuando el kleinismo y el lacanismo toman la delantera en asuntos psicoanalíticos, la episteme que sostenía al freudismo ya era cosa del pasado. Esta nueva episteme semiótica había provocado dos rupturas radicales: con el evolucionismo y con la función referencial del lenguaje, que permiten, entonces, las rupturas ya situadas de

Klein y de Lacan, con Freud. Sin embargo, y la fórmula que aquí utiliza el autor es lúcida: “El destino del evolucionismo y del materialismo ha sido, pues, el de los exiliados: han sido, pura y simplemente silenciados” (Maffi 2012, p. 320).

Después del extenso recorrido, Maffi termina su libro con un interesante diagnóstico, que se transforma también en invitación: esta subversión epistémica de Freud por las teorías y filosofías del lenguaje apropiadas por el psicoanálisis post-freudiano, parecen estar mostrando ya signos de agotamiento. “Salvar la invención freudiana de la crisis de lo adquirido por lo simbólico fue un golpe genial, pero centrar el psicoanálisis en torno a lo sexual sin abordar la cuestión de la satisfacción pulsional se ha vuelto, poco a poco, insostenible” (Maffi 2012, p. 345-346).

Para finalizar, quisiera plantear solamente algunas breves críticas a modo de sugerencias o de diálogo con el autor. En primer lugar, el término “*souvenir-écran*” merecería quizás ser revisado, dado que con su preferencia por la “memoria” por sobre la “historia”, oblitera, a mi juicio, lo habitual que es la maniobra que denuncia en la escritura histórica en general. Dicho de otro modo, que esta construcción de nuevas lecturas que se sitúan retroactivamente en el pasado, que se le hacen decir a determinados autores, no es un gesto exclusivo del psicoanálisis, sino que es propio de toda forma de escritura histórica.

Quizás lo habitual –no lo particular– de esta estrategia en el campo psicoanalítico, reclame, sin embargo, una atención un poco mayor a las razones que podrían sostener su necesidad, que a mi entender se sitúan en el ámbito de lo político y lo institucional. Es decir, intentar develar los intereses políticos y las relaciones de poder que se han establecido en el psicoanálisis de tal modo de someter a quienes quieran y se encuentren en la posición de innovar a una disciplina de relecturas y de

artilugios tan complejos y enmarañados como los que *Le souvenir-écran* ha mostrado.

Respecto de la bibliografía de referencia mencionada y trabajada por el autor, creo que se echa de menos una utilización más amplia de los diversos y numerosos estudios recientes de historiografía crítica del psicoanálisis que mencionamos en el primer párrafo de esta reseña. El establecimiento de nexos con esos otros estudios permitiría deslindar mejor lo que este libro aporta a la línea de investigación historiográfica en la que lo inscribimos, así como aquellas de las que se ha beneficiado.

Por otra parte, me parece que la tesis que inscribe a Lacan en la tradición histórica del psicoanálisis se beneficiaría de una ampliación. La mayor parte de las referencias y del análisis del trabajo de Lacan se enfoca en la primera parte del mismo, en términos precisos, de todo lo que Lacan elabora hasta 1963-1964, momento en que es expulsado de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Si bien más allá de

esa fecha no llega tampoco a reconocer la filiación darwiniana de Freud, sí rearticula su relación de filiación/ruptura con Freud y, con ello, su propio pensamiento.

Para finalizar, a modo de evaluación general, podemos decir que a pesar de que se nota el trabajo puesto en mantener un orden lógico y en lograr una escritura amena que reduzca un poco las complejidades propias de la temática, se trata de un libro de no fácil lectura que está dirigido sobre todo a psicoanalistas y otros lectores que cuenten con un bagaje teórico e histórico bastante amplio. Pueden beneficiarse de su lectura en especial aquellos que se interesan por la historia del psicoanálisis en general, y por la historia de las teorías y epistemologías psicoanalíticas en particular.

Le souvenir-écran de la psychanalyse es un excelente libro, un aporte indiscutible a la historia del pensamiento psicoanalítico, que merecería, sin duda alguna, ser traducido al español.

NOTAS AL PIE

¹ Correo electrónico: silvana.veto@gmail.com

² Aquí, como en lo que sigue, traduciremos libremente desde la versión original del libro, escrita en francés.

Bibliografía

Bonaparte, Marie, Freud, Anna & Kriss, Ernst (1954) The Origins of Psychoanalysis. Letters to Wilhelm Fliess, drafts and notes, 1887-1902. (New York: Basic Books).

Masson, Jeffrey Moussaief (Ed.) (1985) The Complete Letters of Sigmund Freud to Wilhelm Fliess, 1887-1904. (Cambridge: The Belknap Press of the Cambridge University Press).

Maffi, Carlos (2001) “Le signifié chez Freud. Un enjeu dans l'histoire du mouvement psychanalytique“. (Lille: Atelier national de reproduction des thèses). Tesis defendida en marzo de 2000 en la Universidad Paris 7 Diderot .

Maffi, Carlos (2005) Freud y lo simbólico: crónica de un duelo imposible. (Buenos Aires: Nueva Visión)